

EL GUERNICA EN LA CUEVA NEOLITICA

MANUEL VICENT



EN el inicio de los años 60, cuando un amigo progre iba a París, el resto de la camada que se quedaba en el Comercial frente a un tinto con pipas de girasol siempre le hacía el mismo encargo. Tráeme un Playboy y tres *guernicas*. Luego, de regreso, en la Aduana cabía la posibilidad de que te vieran cara de rojo y entonces las manos de la Guardia Civil se abrían paso en la maleta entre calcetines, revistas eróticas, camisas sucias, libros del Ruedo Ibérico hasta alcanzar la muda más íntima. Y allí, en el fondo del equipaje, se veía cornear al toro de Picasso contra un calzoncillo. El vista de aduana te miraba con cierto asco, cogía con pinzas el *guernica* estampado y los dos pasabáis al despacho del jefe, donde tenías que implorar el perdón correspondiente. El desembarco del Guernica hace unas semanas en el aeropuerto de Barajas era otra apoteosis policial, muy chocante si se recuerda la represión de las maletas durante 20 años. Esta vez

la Guardia Civil ha rodeado la llegada del cuadro más famoso de la historia contemporánea con un boato específico.

Un cuadro es lo que está pintado en la tela y además el cargamento de palabras que lleve encima. El Guernica de Picasso técnicamente es una obra extraordinaria, realizada con un equilibrio de tensiones casi inverosímil, pero su valor estético está sobrepasado con creces por el peso simbólico y el reflejo mágico de su significación. Y encima está la Guardia Civil que convierte en literatura y oro todo cuanto toca.

Alguien ha dicho que con la llegada del Guernica a España ha terminado nuestra guerra civil. Esa afirmación no es más que otro acto de magia que el hombre ha repetido desde el tiempo de las cavernas, confundir la realidad con su imagen. Siempre resulta falso, pero consuela mucho. El troglodita pintaba ciervos vulnerados, renos atravesados por una flecha, bisontes cazados en las paredes de la cueva con la convicción de que por el hecho de pintarlos ya estaban en su poder. Había una relación de casuali-

dad. No en vano la magia es el origen de la ciencia. El hombre primitivo no distinguía la realidad y su propia representación, como un niño de tres años confunde un perro de carne y hueso con la fotografía de ese mismo perro. Tampoco la piedad popular afina mucho a la hora de deslindar un santo de escayola de su réplica celestial. Pero no hace falta ser un niño o una vieja devota. Ese principio mágico habita todavía en el alma del hombre moderno. En el intelectual más sofisticado también se da el extraño sentimiento de que lo que se realiza con un retrato repercute de alguna forma sobre la persona que representa. Nadie pincha con una aguja el ojo de su novia, de su futbolista preferido, de su ídolo de rock reproducidos en un cromó. En el individuo más tecnificado, en la sociedad más industrializada, se esconde un oficiante de ceremonia vudú.

Ahora el Guernica de Picasso va a ser colgado en el Casón del Buen Retiro que hará el papel de cueva paleolítica en el exorcismo mágico de los demonios de nuestra guerra civil. Por el hecho de ser expuesto este



bisonte malherido por la crueldad de una generación, existe la creencia de que nuestros viejos estigmas van a ser disecados de una forma aséptica o sellados como un recuerdo histórico. Rafael Alberti me decía no hace mucho que él y Bergamín habían sido los partidarios de que el cuadro no regresara todavía a España, porque el Guernica grita mucho todavía y a algunos les despierta la mala conciencia.

Ellos imaginaban que esta obra sería un loco permanente de agitación y temían por su seguridad. Efectivamente, parece que el rito troglodita se va a cumplir una vez más en el siglo XX. El Guernica será aislado por un cristal antibala para evitar que los seguidores de la política vudú lo rajen con una navaja creyendo que así cortan la yugular de todos los rojos simbólicamente de una vez. Los pacifistas verán los escombros del caballo, la furia del toro, la carnicería iluminada por el farol con espíritu de entomólogo que introduce una mariposa en el pisapapeles. El español medio ha recibido el Guernica en casa con una secreta alegría de cazador

cavernícola. El bisonte está atrapado, colgado en una pared, aislado por un blindaje antiterrorista, la cola de penitentes está a punto de comenzar, la vieja crueldad transformada en arte, la guerra convertida en estética, las tripas al aire pasadas a discusión académica. Esa es la operación mágica que el Guernica va a efectuar sobre nuestra historia reciente.

El cargamento mitológico que llega con el cuadro es alucinante. Que una obra elaborada contra las armas sirva hoy de cobertura a la entrada de España en la OTAN, que una imagen reprimida durante tantos años por la Guardia Civil en cualquier aduana se vea ahora asistida por un dispositivo policial deslumbrador en el momento de su llegada a Barajas son otros dos hitos en la historia descomunal del Guernica. Puede que sea una simple coincidencia, pero se da el caso de que el Guernica de Picasso, después de tanta espera, ha sido entregado a los españoles cuando el país está a punto de comprometerse oficialmente en algo que va contra el espíritu del cuadro. Y en otro sentido, para alimentar más el escepticismo, el desen-

canto, la relatividad de la historia y la ambigüedad de la política, el Guernica ha llegado protegido por los brazos de sus viejos represores. Era muy chocante ver en la madrugada de Barajas a una multitud de marcialos armados con metralletas, furgonetas antidisturbios, aquella distribución policíaca en estado de alerta roja para cubrir el paso por la aduana de un cuadro-protesta contra todo eso precisamente. Qué más da. Después de tanta confusión, el español medio ya no se asusta de nada. La llegada del Guernica significa que la guerra ha terminado, pero hay que ponerlo detrás de un cristal antibala por si las moscas.

El cuadro fue encargado por la izquierda, ha sido el símbolo del exilio y ha representado a las fuerzas pacifistas de todo el mundo y ahora lo trae a España la derecha cuando está a punto de meternos en una organización belicista. Esto ya no hay quien lo entienda. Da igual. Lo importante es que el Guernica ya está en la cueva neolítica del Casón del Buen Retiro. La ceremonia mágica ha comenzado. ■ M. V.